

Del 28 de enero al 15 de marzo de 2026, podrán contemplar, entre otras pinturas, las dedicadas a Don Quijote de la Mancha

Exposición antológica de Ramón Lapayese (1928-1994) en la Sala Antonio López de Alcalá de Henares

Las pinturas dedicadas a Don Quijote y Sancho ocupan un lugar significativo dentro de la producción artística de Ramón Lapayese, en tanto condensan algunos de los ejes fundamentales de su pensamiento estético: la síntesis formal, el rigor constructivo y la reinterpretación crítica de los grandes arquetipos culturales de la tradición española. Constatamos como el artista madrileño crea, además, esculturas dedicadas a Goya, series de dibujos, esculturas y pinturas en las que refleja escenas muy detalladas sobre tauromaquia y otras creaciones en las que destaca oficios y escenas cotidianas de la vida española. Volviendo a Don Quijote, lejos de una aproximación ilustrativa o narrativa, Lapayese aborda la figura cervantina desde una perspectiva esencializadora, en la que el personaje se convierte en soporte de valores simbólicos y existenciales.

En estas obras, Don Quijote no es representado como personaje anecdótico, sino como estructura conceptual. La estilización extrema de las formas, la verticalidad acusada y el planteamiento expresivo remiten a una voluntad de depuración que sitúa estas pinturas en diálogo con la pintura moderna europea. Lapayese prescinde de detalles superfluos para concentrarse en la tensión entre fragilidad y firmeza, entre idealismo y resistencia, cualidades que el artista identifica como nucleares en el mito quijotesco.

Desde el punto de vista formal, estas pinturas evidencian un dominio preciso del equilibrio, el ritmo y la proporción. La relación entre la esencia de lo representado y el vacío, así como el tratamiento contenido de la superficie, refuerzan una lectura introspectiva de la figura, alejada del heroísmo tradicional. En este sentido, la obra de Lapayese se inscribe en una línea de reinterpretaciones contemporáneas de Don Quijote que, más que exaltar la epopeya, interrogan su dimensión ética y humana, convirtiéndolo en emblema de la condición moderna.

Asimismo, estas pinturas deben entenderse en el marco de la producción multidisciplinar del artista, donde pintura, obra gráfica, dibujo y escultura responden a un mismo sistema de pensamiento visual. La figura de Don Quijote funciona aquí como motivo recurrente y como campo de experimentación formal, permitiendo a Lapayese articular un lenguaje pictórico de gran coherencia interna, sostenido por la precisión técnica y una profunda conciencia histórica. De este modo, sus interpretaciones pictóricas del personaje cervantino constituyen una aportación relevante al arte español de la segunda mitad del siglo XX, al actualizar un símbolo fundacional desde los parámetros de la modernidad crítica.

La contribución de Lapayese al arte contemporáneo se fundamenta, en primer lugar, en su capacidad para integrar tradición y modernidad dentro de un lenguaje personal. Formado en los principios de la academia, el artista dominó desde etapas tempranas los fundamentos del dibujo, la composición y el estudio de la forma. Este conocimiento técnico no se tradujo en una adhesión conservadora a modelos heredados, sino en una base sólida desde la cual desarrollar procesos de transformación formal y conceptual. Su obra demuestra que la contemporaneidad no se construye necesariamente desde la ruptura radical, sino también desde la revisión crítica y la evolución consciente de los lenguajes artísticos.

En el ámbito de la pintura, Lapayese desarrolló un lenguaje que dialoga con corrientes fundamentales del siglo XX, especialmente el expresionismo y el cubismo, asimiladas desde una perspectiva personal. Del expresionismo incorpora la intensidad emocional y la materialidad del gesto; del cubismo, la fragmentación del espacio y la construcción intelectual de la imagen. Estos elementos se articulan mediante un uso del color entendido como estructura y no como ornamento, dando lugar a composiciones donde la forma se organiza a través de tensiones, ritmos y equilibrios internos. Esta concepción del hecho pictórico sitúa su obra en un territorio plenamente contemporáneo, en el que la pintura se entiende como proceso de pensamiento visual.

La escultura refuerza y amplía estas aportaciones al trasladar sus investigaciones formales al espacio tridimensional. En sus obras escultóricas, Lapayese explora la relación entre volumen, vacío y materia, proponiendo formas depuradas que activan el espacio circundante. La síntesis formal, la fragmentación de planos y la huella del gesto evidencian una concepción escultórica que se aleja de la representación para situarse en el terreno de la experiencia perceptiva. Esta aproximación vincula su trabajo con los debates contemporáneos en torno a la materialidad, el cuerpo y el espacio.

Un aspecto central de la aportación de Ramón Lapayese al arte contemporáneo es su actitud metodológica. Su trayectoria está marcada por un aprendizaje constante y por una voluntad de investigación sostenida en el tiempo. Lejos de fijar un estilo reconocible, el artista optó por un proceso abierto, en permanente revisión. Esta postura lo sitúa en una concepción contemporánea del arte como práctica reflexiva, donde cada obra es resultado de una pregunta y no de una fórmula.

Asimismo, su obra presenta una dimensión ética y social que, aunque no explícita, resulta fundamental. La economía de medios, la fragmentación formal y la contención expresiva pueden leerse como respuestas plásticas a un contexto histórico de transformación y complejidad. Lapayese no ilustra lo social, pero lo incorpora como tensión subyacente, estableciendo una relación crítica con su tiempo desde la forma y la materia.

Esta exposición antológica permite, por tanto, reconocer a Ramón Lapayese como un artista cuya obra contribuye al arte contemporáneo por su coherencia conceptual, su rigor formal y su capacidad de generar un lenguaje abierto y vigente. Su aportación reside en haber entendido el arte como un proceso de conocimiento, donde pintura y escultura funcionan como espacios de investigación y de experiencia. Revisitar su obra hoy supone no solo recuperar una trayectoria, sino afirmar la vigencia de una práctica artística basada en la reflexión, la sensibilidad y la evolución constante.

Con el título de "Ramón Lapayese: Colección Privada" podemos contemplar en la Sala Antonio López, en el Antiguo Hospital de Santa María la Rica en la localidad de Alcalá de Henares la exposición antológica del artista multidisciplinar Ramón Lapayese, fundamentalmente escultor, pintor y creador de obra gráfica (litografía, serigrafía, grabado, monotipos enriquecidos, pruebas de artista, técnicas mixtas, etc.), pero también autor de esmaltes, cerámica, fotografía, joyería, dibujo y obra monumental de grandes dimensiones repartida entre México, Miami y España.

En este contexto podemos encontrar a un autor que hoy en día es poco conocido entre las generaciones actuales, pero cuya producción artística, además de ser de gran importancia, se halla repartida en innumerables países: EE.UU., Austria, Suecia, Noruega, Italia, Francia, España, Holanda, Bélgica, Alemania, México, Brasil, etc. En ella podrán contemplar, a excepción de otras obras que se han expuesto recientemente en el verano del 2025 en España e Italia, después de quince años, 24 pinturas y 12 esculturas procedentes de su colección privada, de ahí el título de la muestra. Se trata de su obra más apreciada que estuvo colgada en su casa y estudio, constituyendo una muestra completa de todas las etapas de su trayectoria.

Esta exposición es de vital importancia tanto para los conocedores de su arte como para el público en general porque las 24 pinturas, de gran formato, se presentan juntas por primera vez, exhibiendo su singularidad como artista, nacido en Madrid, cuya formación y vida se desarrolló en la capital de España, después Barcelona, de nuevo Madrid, más tarde Roma, París, a continuación reside de nuevo en Madrid y finalmente Miami. Importantes son su etapa de París que supone su irrupción en el mercado mundial con exposiciones en Francia, países nórdicos, Austria, Holanda, Alemania, entre otros y su profundización en las técnicas de la obra gráfica de la que es también un verdadero maestro y su última etapa de Madrid antes de partir a Miami, donde alcanzó reconocimiento mundial.

Su afán de conocimiento, su labor de aprendizaje constante, -además de tocar a la perfección la compleja disciplina del violín y adentrarse en la música-, le permitieron dialogar con los conceptos de los artistas de la vanguardia europea de los cincuenta, sesenta y setenta y también norteamericana e hispanoamericana de los setenta y ochenta, destacando por apostar por la innovación sin seguir los postulados de las mismas, sino innovando, dentro de un marcado sello personal.

En escultura, exhibe 12 obras elaboradas en hierro y bronce, piezas únicas, dialogando con

sus silencios, su fantástica actitud de contemplación, aunando la expresividad de la materia, la fuerza del ritmo, la voluntad innovadora del vacío, apostando por la contemporaneidad.

En Alcalá de Henares podemos contemplar su primera etapa académica multidisciplinar e internacional, no sólo por sus conocimientos adquiridos en el taller de su padre sino también por su formación en Barcelona, Madrid, Roma y París. Ya en esa primera etapa destaca por su dominio espectacular del trazo, la gran solidez de su dibujo, profundizando en su determinación por ir más allá de la realidad, aproximándose a un expresionismo personal, donde muestra un inusitado interés por profundizar en las cosas de la vida cotidiana, además de plasmar personajes en plena realización de sus labores de manera singular, buscando enfoques desde arriba, o bien escenas elaboradas pero aparentemente naturales.

Después, contemplaremos su transición hacia el expresionismo abstracto, pasando por su etapa cubista primitivista, donde lo importante para el creador madrileño es su capacidad de ir más allá del silencio, de recrearse en el vacío, que es el lleno.

Y, para terminar, destacaría las obras de su último periodo caracterizadas por la luminosidad, de cierto cariz impresionista-expresionista, coincidiendo con su última etapa de Madrid y su estancia posterior de ocho años en Miami. Se trata de una obra que sin dejar de ser expresiva sigue evolucionando, destacando por su lirismo y su apuesta por el color. El resultado es una exposición que no solo recupera a Lapayese para el gran público, sino que lo sitúa en el lugar que le corresponde dentro de la historia reciente del arte español.

Además, creo que es muy importante que esta muestra relance su creación y sea el inicio de otras exposiciones antológicas tanto en España como a nivel mundial porque su obra desde el silencio del estudio muestra su importancia en un contexto como el actual en el que creadores de la talla de Ramón Lapayese tienen mucho que decir por su actitud, caracterizada por la serenidad, yendo más allá de la innovación, asentándose tanto en pintura como también en escultura en una dinámica transformadora y regeneradora del panorama plástico actual.

Joan Lluís Montané

-De la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA)-.